

**Mesa número 2:** Periodismo directo: las fuentes hacen periodismo, las audiencias hacen información

**Montse Quesada**

Catedrática de Periodismo Especializado - Universidad Pompeu Fabra

[montse.quesada@upf.edu](mailto:montse.quesada@upf.edu)

**Palabras clave:** Periodismo de investigación. Periodismo especializado. Periodismo digital. Intoxicación. Perfil mediático del periodista

## **Investigar o perecer *intoxicado***

El periodismo de investigación, que cuenta ya con doce décadas de vida, ha encontrado un nuevo ámbito de actuación en el que todos nos encontramos, nos divertimos, nos informamos e, incluso podemos enfermar por intoxicación. Es tal el volumen de información que se nos ofrece a través de Internet que el Presidente de la Real Academia de Ingeniería de España ha llegado a afirmar que los humanos no estamos preparados para interpretar magnitudes gigantescas e inusuales de información como las que circulan por la red (Figueiras, Anibal Ramón: 2002).

En apoyo de su afirmación citaba un estudio de la Universidad de California en el que se decía que la producción mundial de nueva información era del orden de las decenas de exabits, concretamente (10<sup>18</sup>) por año. Para hacernos una idea, un exabit equivale aproximadamente al contenido de un tomo de la Enciclopedia Británica por cada tres habitantes de la tierra. Estas cifras, a todas luces imposibles de digerir, lejos de asustarnos, deberían ayudarnos a reflexionar sobre algunos de los graves problemas a los que se enfrenta el periodismo de investigación en la era digital y, por extensión, sobre la crisis de contenidos periodísticos en la sociedad globalizada.

Mi ponencia pretende aportar alguna respuesta a la pregunta de ¿qué ha sido del periodismo de investigación?, aquel que hiciera dimitir al Presidente de los

Estados Unidos, Richard Nixon, como consecuencia de las informaciones que en su día publicaron los dos periodistas del *The Washington Post* y el mismo que muchos años después provocara en España el procesamiento e ingreso en prisión de dos magistrados de Barcelona por delitos probados de prevaricación y cohecho, poniendo así fin a más de un siglo de impunidad de la Judicatura.

Desde que los medios de comunicación iniciaran su proceso de reconversión tecnológica, los periodistas no han hecho otra cosa que adaptarse rápidamente a las nuevas exigencias técnico-empresariales que ha impuesto la revolución digital. Los más preparados para asumir esos cambios fueron, y siguen siendo sin duda, los periodistas más jóvenes, esos que, a la postre, sólo acceden a su primer contrato laboral cuando demuestran sus habilidades para trabajar en la red. Pero los periodistas más veteranos tampoco se han librado de estos cambios y ahí están tratando de llevar con dignidad y buen porte el nuevo perfil profesional que ahora les exigen sus empresas.

La velocidad con que se trabaja en los entornos digitales y el uso habitual que los periodistas hacen de Internet son dos constantes que amenazan con dejar en la cuneta a quien no integre en sus rutinas profesionales las características propias de la red. Y mientras toda la profesión anda taquicárdica navegando por autopistas interminables de información y colgando contenidos a mayor velocidad de la que probablemente aconsejaría la sensatez, crecen imparable los contenidos banales y las noticias mal explicadas, mientras se instala en todos los medios de comunicación la tendencia al infoentretenimiento (Del Moral y otros: 2007), convirtiendo la compleja realidad social en narración espectacular, óptima para su consumo inmediato.

Frente a este desolador panorama, el periodismo de investigación, esa modalidad que necesita tiempo para indagar, astucia para descubrir, paciencia para reunir pruebas, pericia para contrastar fuentes, inteligencia para verificar datos y, finalmente, valor para denunciar a quienes actúan en contra del interés público, tiene pocas oportunidades de sobrevivir.

Si antes de la revolución digital, informar con la máxima rapidez era un valor fundamental del periodismo, en el presente la inmediatez informativa parece haberse erigido en el elemento decisorio para las audiencias, provocándonos la desagradable sensación de valer muy poco como periodistas si no somos capaces de publicar inmediatamente cualquier cosa que tenga que ver con los hechos de actualidad. Y poco importa que el medio para el que trabajemos sea audiovisual –radio y televisión- o impreso porque, a la hora de la verdad, no queda ya medio de comunicación que no tenga su propia versión *on line*, lo que acaba traducándose en que todos competimos contra todos, en tiempo real, so pena de perder puntos ante nuestra audiencia.

Pero ofrecer un breve titular y una noticia simple que no dan respuesta a todos los interrogantes que suscita una información no parece, en mi opinión, una estrategia inteligente en una Sociedad de la Información en la que el tiempo es un bien escaso como lo demuestra el hecho de que a muchos apenas nos queda tiempo ni para leer nuestro propio correo personal y, muchas veces, tampoco para contestarlo.

En contra de lo que se nos prometió en la década anterior, y a pesar de la velocidad vertiginosa con la que circulan los datos por la red, resulta que ahora necesitamos muchísimo más tiempo que antes para buscar información susceptible de ser transformada en noticia y acabamos desesperándonos cuando constatamos que nada, o casi nada, de lo que buscamos parece existir en la red.

La pregunta clave es, pues, ¿por qué los periodistas, sean de investigación o no, necesitan pasar tanto tiempo buscando información útil sin, aparentemente, demasiado éxito?

Una posible respuesta nos la brinda de nuevo Anibal Ramón Figueiras al señalar que aunque en la red hay muchos datos, son pocos los que nos aportan un conocimiento efectivo. Según este autor, los datos por sí mismos no son información porque no presentan el aspecto adecuado para que puedan ser comprendidos por quien los reciba.

Traducido lo anterior a términos periodísticos, no podremos desentrañar la información valiosa que a veces se esconde tras los datos que circulan por la red, y menos a la velocidad que se nos exige, si no estamos preparados para utilizar las herramientas adecuadas. Es decir, que sólo obtendremos conocimiento efectivo de los datos cuando podamos –sepamos- manejarlos. Será entonces cuando la metodología profesional que se utiliza en el periodismo de investigación se impondrá con eficacia, razón ésta que explica por sí sola la pervivencia de esta modalidad periodística por más de un siglo.

Sin embargo, empieza ya a ser habitual que, en medio de tanta información fragmentada, dispersa, incompleta, generalista, superabundante, de acceso universal e inmediato, las noticias –todas las noticias- se presenten ante la opinión pública como *la verdad*, aunque ninguno de los medios que las publican incluya en sus procesos de producción de información técnicas de verificación de los datos que las conforman. De ahí que en la actual Sociedad de la Información nada nos permita deducir que los periodistas investigadores vayan a recuperar el papel protagónico de otras épocas como defensores del interés común o que esta modalidad periodística vaya a ser reclamada por unos usuarios mediáticos, demasiado acostumbrados a los circos y al espectáculo.

He incluido en el título de mi ponencia la expresión *intoxicación* porque creo que con ella podremos comprender mejor las dificultades por las que pasa esta modalidad periodística en la actualidad. El término lo usó por primera vez Alfons Cornellà, un licenciado en Física y presidente de [www.infonomia.com](http://www.infonomia.com), para definir el exceso de información que nos llega a través de la red. Los primeros síntomas de *infoxicación* que habitualmente detectamos se producen cuando accedemos a más información de la que humanamente somos capaces de procesar. La consecuencia más inmediata es que acabamos presentando un cuadro de ansiedad y angustia asociado a nuestra incapacidad de encontrar la información que buscamos, lo que los psicólogos ya han bautizado con el nombre de *Information Fatigue Syndrome* (Cobo, Cristobal y Pardo, Hugo: 2007, p. 74).

A esta enfermedad de reciente aparición y alto nivel de contagio hay que sumarle otros elementos de interés, como por ejemplo que el año pasado se publicara un

estudio de Francesc Canals, director y creador de un “Observatorio de Internet” ([www.fcanals.com](http://www.fcanals.com)), en el que atribuía a España la generación del 70% de los rumores y bulos que corren por la red.

Canals es uno de los muchos observadores que han puesto de manifiesto las prisas con las que los medios de comunicación publican sus noticias, sin tomarse el tiempo mínimo para verificar las versiones de sus fuentes. Y aunque no sea éste el foro pertinente para entrar a discutir el método científico que empleó Canals para llegar a tales conclusiones, no podemos por menos que estar de acuerdo en que la tendencia dominante en nuestros medios, desde hace ya casi dos décadas, es la del periodismo de declaraciones que se limita a reproducir lo que dicen las fuentes –disfrazándose el periodista de mero transportista-, sin que hasta la fecha parezca que estén dispuestos a asumir la parte de responsabilidad que probablemente les compete por el hecho de no poner jamás en cuestión las declaraciones de quienes les suministran la información.

Ocurrió hace apenas 7 semanas en esta misma isla con la noticia que informaba de la muerte de Aitana, esa niña de 3 años que, al parecer, según el médico que la atendió en el centro de salud de El Mojón, presentaba quemaduras, golpes e, incluso, indicios de haber sido abusada sexualmente. Aquella misma noche, la pequeña tuvo dos paradas cardio-respiratorias por lo que tuvo que ser trasladada al Hospital Universitario de La Candelaria, donde nada pudo hacerse por salvarla.

Todos los medios de comunicación informaron al instante de que la Policía Local de Arona, avisada por los médicos, había detenido al compañero sentimental de la madre, un joven que responde al nombre de Diego P. V. y que se ocupaba habitualmente de atender a la niña. De hecho, fue él quien la llevó al centro de salud al advertir que a la niña le costaba respirar y se encontraba mal, después de que dos días antes se hubiese caído de un columpio mientras jugaba en un parque.

El resultado de la autopsia vino a sacar a todos del tremendo error que se había cometido en este caso: la niña no murió víctima de maltrato y de violación, sino por una insuficiencia cardio-respiratoria causada, al parecer, por un coágulo de

sangre que los médicos que la atendieron en el primer momento no fueron capaces de detectar. Lejos de eso, confundieron las hipotéticas quemaduras con las marcas propias de un cuadro alérgico; los golpes en el cuerpo de la pequeña con, al parecer, las repetidas maniobras de reanimación; y acabaron denunciando signos de abuso sexual, como desgarró anal y vaginal, cuando el auto del juez ha señalado que “no se puede descartar que se hayan producido durante la manipulación quirúrgica del intestino”. Por su parte, las fuerzas policiales que se encargaron del interrogatorio de Diego P. V. no dudaron en someterle a técnicas de interrogatorio propias de otra época, obligándole a visionar imágenes de la niña inerte para forzar así su confesión.

La autopsia aportó pruebas suficientes para que el juez dictara una resolución judicial decretando la inmediata puesta en libertad del joven detenido, que ahora trata de recuperarse del fortísimo *shock* emocional que le provocaron tales sucesos, al tiempo que su abogado exige judicialmente que se restaure su honor y se limpie su imagen.

Una vez más, las críticas a la falta de profesionalidad de los periodistas que informaron de la muerte de la pequeña Aitana nos devuelven el recuerdo de aquel periodismo de investigación que contrasta con fuentes independientes y expertas cuanta información publica. No ignoremos que los periodistas que informaron del suceso no pusieron jamás en cuestión las declaraciones de las fuentes de información ni moderaron su lenguaje para tratar de contener la alarma social que estos hechos habían suscitado. Muy al contrario, dedicaron tiempo y esfuerzo a perseguir a Diego P. V. hasta dar con él y arrancarle sus primeras declaraciones, pasando por alto su pronunciación titubeante y su discurso errático, fruto probablemente de la medicación.

Con la explicación de este caso quiero llamar la atención sobre los tres grandes peligros que, en mi opinión, se ciernen sobre el periodismo de investigación en la época moderna y que amenazan con transformar el trabajo de los reporteros en algo de lo que muy probablemente no puedan enorgullecerse.

El primero de ellos tiene que ver con el ritmo enloquecido con que se generan contenidos periodísticos en la red, que no permite que el periodista reflexione, investigue, contraste la información, se asesore con fuentes expertas y comprenda en profundidad los hechos noticiosos antes de informar sobre ellos. Ese peligro crece hasta límites escalofriantes cuando observamos la actitud de muchos jóvenes periodistas que, conscientes de sus mayores habilidades digitales, creen que todo su valor profesional reside, precisamente, en ellas y no en su capacidad para seleccionar y documentar la información que permita explicar la realidad social.

El segundo peligro está relacionado con el uso que hace la audiencia de la información que le brindan los medios. Del deseo de conocimiento que caracterizó las sociedades post-industriales del siglo XX hemos pasado al deseo de diversión y entretenimiento más propio de las sociedades tecnológicas y globalizadas. Ahora ya no necesitamos la información para relacionarnos socialmente -para eso ya tenemos los chats y los foros y los amigos virtuales- y tampoco queremos ampliar nuestra formación con contenidos periodísticos porque tenemos a nuestro alcance la mayor oferta de cursos formativos jamás soñada.

Por último, el tercer peligro amenaza al periodismo en general y no solamente al periodismo de investigación. Me refiero a la pérdida de credibilidad que sufren todos los medios de comunicación por igual como consecuencia de lustros de información elaborada casi exclusivamente para contentar a las fuentes. A la crisis de lectores que se deriva de este tipo de periodismo generalista, oficialista y poco atento a las necesidades de información de la ciudadanía hay que unir ahora la capacidad que han empezado a demostrar algunas fuentes destacadas para prescindir del papel mediador de los periodistas y dirigirse directamente a su público objetivo.

Buena parte del éxito de estas nuevas fuentes/medios tiene que ver con los contenidos especializados que ofrecen sus webs y también con el lenguaje divulgativo que emplean para elaborar su información. Sin apenas proponérselo, han hecho suyos los postulados del periodismo especializado, aquellos por los

que los propietarios de los medios no han querido o no han podido apostar, y a cambio reciben cada día la visita de cientos de miles de ciudadanos para quienes la información bien elaborada sigue siendo fuente de conocimiento y un bien muypreciado.

Los ingenieros de telecomunicaciones que se ocupan de pensar y teorizar sobre la red hace ya algún tiempo que vienen alertándonos de que el problema principal reside en saber *comunicar* con eficacia y, en el ámbito del periodismo, eso se traduce en que el periodista tiene que explicar historias veraces, contrastadas, profusamente documentadas y no sólo publicar datos, reproducir declaraciones de terceros o poner en letras de molde las versiones, a veces disparatadas, de las fuentes oficiales.

La información que se publica sin haber sido previamente contrastada lesiona gravemente el código deontológico de la profesión, sólo persigue hacerle el juego a las fuentes y, en último término, aporta poco conocimiento útil sobre la realidad.

En consecuencia, esa información es sólo ruido informacional, un ruido que molesta y, en algunos casos como el de la noticia explicada, también ofende.

Al perder de vista la función que todos los periodistas deben cumplir –sean de investigación o no- de explicar e interpretar la realidad social, perdemos también la oportunidad de seguir ejerciendo una profesión cuya responsabilidad social está fuera de toda cuestión y cuyo interés por parte de los alumnos que llegan cada año a las aulas universitarias continúa situándola entre las más demandadas.

Finalmente, no quiero dejar de señalar que en tanto las investigaciones periodísticas sigan haciéndose a un lado para dejar paso a informaciones inexactas, pero de fácil y rápida digestión, cuando no a las trivialidades informativas con que nos tienen entretenidos los medios, seguiremos sorprendiéndonos con las investigaciones del juez Garzón y de tantos otros para quienes dar explicaciones a la ciudadanía no entra dentro de sus cometidos. Y mientras la situación sea como la que describo, no seremos técnicamente

sociedades avanzadas, como nuestros dirigentes pretenden, por más información que circule por la red rompiendo la barrera del sonido.

## BIBLIOGRAFÍA

CANALS, Francesc. El libro rojo del Cibercrimen. Los nuevos ladrones llevan guante virtual. Barcelona: 2008.

COBO ROMANÍ, Cristóbal; PARDO KUKLINSKI, Hugo. *Planeta Web 2.0. Inteligencia colectiva o medios fast food*. Barcelona: Universitat de Vic, 2007

DEL MORAL, Javier; QUESADA, Montse; ARANDA, Francisco J. y LEÓN, Bienvenido. El análisis de la información televisiva. Hacia una medida de la calidad periodística. Madrid: Dossat, 2007

FIGUEIRAS, Anibal Ramón. *Comunicación, Información y Conocimiento*. Curso de verano. Abril 2002. [www.tsc.uc3m.es/-fran/Cursos/AI/Documentacion/arfv.pdf](http://www.tsc.uc3m.es/-fran/Cursos/AI/Documentacion/arfv.pdf)

[www.elcorreodigital.com](http://www.elcorreodigital.com)

[www.elpais.es](http://www.elpais.es)

[www.elmundo.es](http://www.elmundo.es)

[www.fcanals.com](http://www.fcanals.com)

[www.infonomia.com](http://www.infonomia.com)